

con las persecuciones para caer limpio de toda mancha. Con nosotros queda y nosotros la veneraremos siempre y la admiraremos siempre también.

¿Que Delorme era casi desconocido por la gente?

¿Que no ha triunfado?

¿Y qué?

En estos combates del ideal el que cae durante la pelea es tan grande como el que triunfa.



LA GUERRA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1923 MONTERREY, MEXICO

¿Y de qué hablar, sino de la guerra?

Esta es hoy la única preocupación de los españoles. No puede, no debe ser tampoco otra. Cuando se ha recibido un insulto, cuando se siente en el rostro el escozor humillante de la bofetada, sólo hay un pensamiento: vengar el insulto, devolver el golpe. Amor, ambiciones, familia, riqueza, bienestar, egoísmos materiales y morales desaparecen; el instinto de conservación dimite; todo el hombre está reconcentrado en dos ojos, que miran con odio, y en un brazo que se dispone á herir.

Habladle á ese hombre injustamente ofendido, inicuaente maltratado, que obtuvo desprecios al exigir reparaciones, habladle de que en el encuentro con su enemigo puede perder la existencia, y con ella el amor de la mujer querida, el porvenir de sus hijos, sus anhelos de renombre, de fortuna... habladle de eso y no os escuchará, no os responderá, y si responde será para decir: «Ya lo sé, pero no hay remedio. ¿Queréis que sufra en silencio el insulto? ¿Que me resigne al ultraje? ¿Que por temor á los riesgos del lance haga de mi honra una escupidera?... ¿Queréis que lo haga? Y si lo hago, ¿qué dirá de mí la mujer que amo? ¿Qué pensarán mis hijos? ¿Qué renombre, qué gloria, qué fortuna, podré edificar sobre cimientos de cobardía?... No; la mujer que amo rechazará con asco mis caricias; mis hijos negarán su respeto á quien no supo hacerse respetable, mi nombre y mi fortuna estarán á merced de cualquiera que podrá entrar por ellos á mansalva, con la garantía

de mi miedo. No; nunca. En cambio, si sucumbo defendiendo mi honor, la mujer querida besará mi imagen con los besos impalpables del recuerdo; mis hijos venerarán mi memoria, y las gentes acatarán el nombre de un muerto que supo defenderlo vivo. Dejadme; no me habléis de nada que no sea la reparación del insulto. Vamos á repararlo, y suceda lo que suceda. ¡Qué importa!...»

Así hablan los hombres que tienen vergüenza. Así hablan los pueblos que tienen dignidad. Así ha hablado España. Respondiendo á sus tradiciones, contesta á la provocación matonesca de los *yankees* con un «vamos á verlo» sobrio y firme. En esta contienda me hacen los norteamericanos, con sus gritos, con sus desplantes, con sus alharacas y descomposturas, el efecto de esos bravos de oficio que patalean en las tabernas, y vociferan en los colmados y echan roncacas en las *chirlatas* para salirse corriendo al primer contratiempo; y me parece España, por su seriedad, por su calma y por su fría deci-

sión uno de esos hombres que no *presumen*, que al ser provocados se ponen pálidos sin hablar, y exclamando: «¡Qué vamos á hacerle!», se juegan de cara la vida y pelean con furia y se enardecen á cada golpe que reciben; hombres que pueden caer al suelo; pero, si caen, en el suelo siguen peleando y no dejan de pelear hasta que se escapan por las bocas de sus heridas la últimas gotas de su sangre.

Los valientes *de veras* no gritan, callan. Los *yankees* han gritado mucho; los españoles han hablado poco. Veremos, si el caso llega al fin, quién pelea mejor.

Por lo pronto, aquí en España, sin diferencias de posiciones y partidos, estamos de acuerdo. Ha llegado el momento de decir «¡vamos!»; y todos se hallan dispuestos á ir donde sea y como sea, porque la patria lo exige y porque la patria tiene razón.

Sí, la guerra es una necesidad, á ella contribuirán los españoles con sus caudales y con sus vidas. No es cosa de que nos

pisoteen la honra esos hijos de la gran *Talega*.

Hace algún tiempo, y hablando de nuestra juventud, decía yo en otra *Crónica de El Liberal* algo muy parecido á esto que sigue:

«Aún no es tiempo de juzgar á esa juventud, la acusáis de falta de energía, de ideales, de grandeza; pero, ¿acaso tienen ocasión, momento, oportunidad de manifestarse?... ¿Qué campo se ofrece á sus ideales? ¿Qué camino á sus energías? ¿Qué piedra de toque á su grandeza de alma? En este encharcamiento material y moral que sufrimos, en esta atmósfera raquítica que respiramos, no puede desenvolverse nuestra juventud. No pidáis grandes vegetaciones en arenales infecundos; no exijáis que los árboles se robustezcan sin agua que los nutra, sin aire puro que los acaricie. Esperáos; y si llega un instante en que esa juventud pueda ser grande, enérgica, sublime, y no lo sea, condenadla sin apelación; hasta entonces suspended el

juicio, porque incurriréis, condenándola, en una injusticia sin ejemplo.»

«Semejante á la de ahora—añadía yo—era la situación de España antes de la guerra de la Independencia. ¿Quién hubiera creído á aquel pueblo encanallado, á aquella juventud insípida, capaces de heroísmos y sublimidades? Nadie. Y, sin embargo, aquel pueblo y aquella juventud se levantaron como un solo hombre para pelear contra un coloso, y le vencieron; y de aquella raza de combatientes por el honor de la patria, nació otra raza de combatientes por la libertad, por el derecho, por la justicia, por el progreso de las ideas y la emancipación de los pueblos. Y esa raza fué grande y fué vigorosa en todas sus manifestaciones, y combatió sin tregua y consiguió su objeto, y ni regateó su vida para lograrlo, ni sintió flaqueza, ni renegó su fe, ni traicionó su causa.

¿Quién sabe si llegado otro momento semejante de nuestra historia, esta juventud que despreciáis no responderá como respon-

dió aquella juventud despreciada y envilecida?»

Así concluía yo aquel artículo.

El momento ha llegado.

¿Y qué ha ocurrido al llegar el momento?

Que España entera responde como respondió en 1808.

Y es porque una violenta conmoción, venida de fuera, ha roto los fangosos diques del charco; ha purificado la atmósfera con el fuego del patriotismo; ha llamado á los corazones con voces de honor, á los cerebros con llamamientos de justicia. La inercia, que es muerte, va á transformarse en lucha, que es vida, y en la lucha si es inevitable, se templarán las almas, y se acerarán los caracteres, y se engrandecerán los hombres. ¿Qué importan los resultados de la lucha? Buenos ó malos, siempre habrá sido la lucha, una gimnasia redentora; un desperezo regenerador de los músculos nacionales. ¿Qué importan los que en esa lucha sucumban, si los que queden producen una raza que sepa

combatir por el progreso humano, como sus padres combatieron por la patria española?

Estos grandes desbordamientos nacionales, estos sangrientos choques, son como los desbordamientos de los ríos y como el choque del barreno contra la montaña: terribles en su forma, pero grandiosos en su fin, porque fecundan la tierra y dilatan el horizonte.



EXPLOTACIÓN DE NIÑOS.

PARA D. ALBERTO AGUILERA.

Obligación es de los grandes favorecer á los pequeños. De ahí que yo me dirija á V. E.; porque V. E., á más de ser grande por la talla, tiene el corazón á la talla proporcionado.

Estas son mis noticias, y si V. E. quiere confirmarlas con hechos, ocasión tiene que ni de molde. Quisiera yo, y perdone V. E. la molestia que le produzco, que V. E., dando esquinazo, por media hora, á los majaderos que en su despacho le adulan y cortesanean, tomase un cochecito, aunque fuera